

SUPLEMENTO INFANTIL

DE

EL BIEN PÚBLICO

Mahón, 27 de Agosto de 1925

LO MARAVILLOSO ES LA INFANCIA

A los niños aficionados a las cosas estupendas, pero sin importancia; grandes, pero sin grandeza positiva; maravillosas, pero sin realidad, en la práctica de la vida, nos proponemos darles una lección, lo más sencilla posible, sobre lo que parece a primera vista estupendo, grande, maravilloso, y que solo sirve, estudiado con detenimiento, para engañarnos con sus doradas apariencias.

Lo que es no parece, sino es; mas lo que parece, nunca es.

Significan estos pensamientos, quizá para vosotros, niños míos, algo difíciles de entender al punto, que lo verdadero siempre es verdad, aunque parezca lo contrario; así como nunca en lo falso puede contenerse lo verdadero.

Un ejemplo lo aclarará mejor. Desde cierta distancia os fijáis en un ramo de flores muy bonitas; creéis en seguida que acaban de escogerse de un jardín; os imagináis, sin tardanza, el aroma que despiden, la frescura de sus pétalos, el verdor de sus tallos y de sus hojillas, etc.

Pero al aproximarnos a ellas, ¡que desencanto!, observáis que ni tienen aroma ni frescura, ni verdor; todo resulta figurado, porque las tales flores no son flores sino pedacitos de papeles muy bien combinados; es, en resumen, un ramo puramente artificial; es decir, que en realidad no existen las flores que habéis creído.

Fácil cosa sería multiplicaros los ejemplos para hacer os distinguir la verdad y la falsedad de las cosas. El inmortal Don Quijote tomó por gigantes las aspas de un molino de viento, y por ejércitos de soldados unos rebaños de corderos.

Así suele ocurrir con la grandeza de las personas y de las cosas, amados niños; porque ésta no depende muchas veces de cuanto de ellas se oiga, porque así; depende, ciertamente, de lo que son en realidad, buenas o malas, valientes o cobardes, ignorantes o sabias, etc., etc. ¿Creeréis vosotros en que uno de vuestros compañeritos es un niño cariñoso, amable, formal y bondadoso, como pretendéis hacer os ver, si el trato que con él habéis tenido os demostró con certeza la carencia de aquellas excelentes cualidades?

¿Admitiréis vosotros, como cosas verdaderas las descripciones y relatos leídos en esas páginas reconocidas como fábulas, epigramas, novelitas, historietas, etc., en que los animales, las plantas y hasta las piedras discurren al parecer, hablan y dialogan, afirmando sucesos que jamás ocurrieron, hechos nunca vistos, y que, por lo mismo, jamás pueden contener una verdad positiva?

Me parece adivinar en vuestro semblante la más negativa y rotunda contestación.

Fijáosme además, en vuestro recto criterio, recto si os deteneis pensando un poco, y en el sentimiento de amor propio que os acredita de personas conscientes y dignas, no pasando por bobos; creo, conforme dije antes, nunca admitiréis cual verdades positivas aquellos pensamientos emitidos en las fábulas y chascarrillos, y menos aún los consignados en muchos de esos libritos de cuentos a los que tanta afición mostráis; pues en todas esas lecturas apenas existe una verdad, al modo que se observa en la vida real; no, existe así, en algunos casos, la verdad contenida no

pasa de ser muy relativa; por lo mismo debéis estar avisados para no creer os todos sus relatos, en la forma en que suelen exponerlos sus autores.

¡Qué de castillos encantados! ¡Qué inmensas montañas de oro! ¡Y qué de sombras chinescas y héroes imaginarios de toda clase y condición!

—¿Entonces, habremos de privarnos de leer todos esos escritos? —interrogarán mis buenos lectorcitos.

—No, de ninguna manera. Después de lo expuesto he de advertiros que hay libritos de cuentos, chascarrillos y fábulas de amena lectura y correcto lenguaje, los cuales, no olvidando lo referente a las apariencias de verdad que adornan sus narraciones, en cierto modo no dejan de ser útiles, sirviendo de regocijo con sus graciosas ocurrencias, con sus frases chispeantes, con la elegancia de sus expresiones, que excitan la risa, desenvuelven la imaginación en sus justos cauces y son, además, excelentes modelos en cuanto atañe a la enseñanza correcta de la lengua y escritura españolas.

Por tanto, no debe prohibirse su lectura cuando son buenos; lo conveniente es guardar prudencia en su elección para que no se fuerza, con las extravagancias de muchos de ellos, la sana cultura de la inteligencia y del sentimiento, en esa edad infantil, todo inocencia y candor.

Daremos, por fin, un toque de alerta a las personas mayores, para que tengan presente que la buena educación de los niños reclama una previsión constante, evitando caigan en sus manos lecturas sospechosas en algún sentido, capaces de perturbar su cerebro, desviar su imaginación, exacerbar su sistema nervioso, alterando así la vida física y espiritual de los pequeños lectores.

La sana formación de éstos requiere inauditos cuidados y entusiastas desvelos que la sociedad agradece y la Providencia remunera con las bendiciones más santas.

Mucho ojo con las lecturas para la niñez.

JOSE SANCHIS ALMIÑANO

¿Quieres hablar y escribir bien?

UN EJEMPLO

Como mi objeto no es llenaros la cabeza de ideas confusas, sino lo más claras posibles, para que comprendáis mejor lo que han de enseñaros en lo futuro vuestros profesores, permitidme que os aclare con un ejemplo sencillísimo el contenido del anterior artículo.

Figuráos que os encontráis sobre la mesa del comedor, pero sin orden ni concierto, estas palabras:

Un, y, locos, todos, de, tenemos, músicos, poco, poetas.

Es indudable que ordenadas de esta manera las palabras, resultan incoherentes. Con ellas es indudable que podéis hacer algunas combinaciones; probadlo.

Pero unas resultarán sin sentido, otras con sentido truncado, algunas con algún sentido. A poco que penséis, y solo con la ayuda de vuestra razón, iréis ordenando dichas palabras de manera que encajen perfectamente, formando este pensamiento:

De poetas, músicos y locos, todos tenemos un poco.

Con ésto habréis ordenado las palabras gramaticalmente. De modo que la gramática es lo primero que os ayuda a dar vida a palabras que estaban como muertas y sin expresión sobre la mesa.

¿Por qué al ordenarlas no preferís hacerlo de esta manera: *un poco tenemos todos de músicos, de locos y de poetas?*, o de esta manera: *todos tenemos de locos un poco, de poetas y de músicos...*

Os lo diré: porque lo habéis querido decir bien; *bien decir*. Pues hé ahí que sin querer acabáis de ser retóricos, ¡quién lo dijera! Porque todo pensamiento es susceptible de muchos modos de expresión; entre otros, uno solo será el más perfecto, en cada caso dado y los demás se aproximarán, más o menos, a éste. Pues bien; el arte que se ocupa de enseñar a conocer aquella perfección, es el arte de la Retórica.

Ahora volvamos a leer aquel concepto. ¿Nada notáis en él? ¿verdad que encierra algo así como una cadencia musical? ¿locos y poco, ¿no se parece en algo? ¿porqué no decir: de poetas, músicos y locos todos tenemos, algo o un poquito? ¡No sonaría bien! Entonces, ¿será eso una canción? No, no es canción; ¿será un pensamiento cualquiera que se me ha ocurrido a mí como ejemplo? tampoco; ¡si estáis cansados de oírlo!, lo repiten las gentes cada instante; a vuestros padres se lo habréis oído, como habréis oído expresiones como ésta: *Quien da pan a perro ajeno, pierde el pan y pierde el perro; hombre chiquitín...* etc.

Seguro estoy que pensaréis: eso debe ser un refrán, una sentencia, algo que tiene su nombre apropiado, y que, bien o mal, le aplicáis.

Llegamos ya al objeto de la Preceptiva literaria, o Arte de la composición literaria o conocimiento de los diversos géneros de que se compone lo que llamamos la Literatura en general.

Creo que ahora sí que me habréis entendido del todo.

ANDRESITO

La vida de los grandes hombres

BENJAMÍN FRANKLIN

No olvidéis nunca el nombre glorioso del hombre sabio, bueno, desinteresado y altruista, cuya idea fija fué siempre el bien de los demás.

Nació en Boston, en 1706, de muy humilde cuna; su padre no podía, ni, además, se sentía propicio a costear los gastos de educación que el pequeño Benjamín ansiaba.

Un afán de aprender intenso y decidido le resolvió a aprenderlo todo por sí solo, mediante un gran esfuerzo de voluntad e ingenio. Tenía seis años cuando aprendió a leer, sin maestro, solo, a fuerza de trabajos y de preguntas a cuantos le rodeaban.

Fué cajista en la pequeña imprenta de su hermano y alternó su trabajo con la lectura y estudio de cuantos libros podía encontrar, para lo que su oficio le daba algunas facilidades.

Empezó a escribir artículos, que enviaba a un periódico, firmados con seudónimo, y estos artículos fueron todos

publicados y admirados como obra de un sabio incógnito a quien nadie conocía, formando un estado de opinión en su patria, que entonces era una colonia inglesa.

Emancipado de su familia, a los diez y siete años embarcó para Nueva York, sin ningún bagaje, pasando luego a Filadelfia, tras grandes penalidades, en una barquilla, sin víveres y solo.

A los veintidós años poseía la mejor imprenta de Filadelfia, donde se imprimían el papel moneda de Pensilvania y los documentos oficiales de Newcastle.

Fundó salones de lectura, que poco a poco fué convirtiendo en bibliotecas públicas. Editó el almanaque del buen Ricardo, cuyos proverbios y aforismos, traducidos a todos los idiomas, figuran hoy en los colegios de todo el mundo. Fundó Sociedades Académicas, una de las cuales fué origen de la Universidad de Filadelfia. Elegido secretario de la Asamblea de Pensilvania, a los treinta años, reformó las chimeneas de campana, creó el primer cuerpo de bomberos en América, el alumbrado público, el empedrado, la limpieza de las calles, la primer Compañía de seguros contra incendios.

En menos de un año aprendió, sin maestros, Francés, Italiano, Español y Latín, escribiéndolos y hablándolos con rara perfección.

Organizó cuerpos de voluntarios contra las incursiones francesas a las fronteras de su país. Inventó el pararrayos, y por último, tras numerosas fundaciones de escuelas, hospitales, hospicios, etcétera, consiguió con su tacto, su constancia y su talento, después de varios viajes a Inglaterra y Francia, la independencia de los Estados Unidos de América.

Fué el cimentador de este gran pueblo, uno de los que marchan a la cabeza de la civilización.

CHOQUE DE TRENES CON ANIMALES

Con toros, con leones y con elefantes

El encuentro de un tren con siete toros ocurrido el día 11 de Mayo de 1908 cerca de Cercedilla, no es el primer caso de este género ni mucho menos. Hace unos veinte años ocurrió un suceso parecido en la línea de Segovia. Entonces fué un solo toro el que embistió al tren, quedando deshecho bajo las ruedas de la locomotora, lo que produjo el descarrilamiento de los primeros vagones, obligando a los viajeros a apearse hasta que el tren pudiera ponerse de nuevo en situación de reanudar la marcha.

Pero lo más curioso de este caso fué que la lucha tuvo una segunda parte. Cuando estaban los viajeros en tierra cantemplando el cadáver del toro, se oyó el ruido que hacen muchos animales al patear la tierra endurecida, y a lo lejos apareció toda la torada, que veía, sin duda, con intenciones de vengar a su compañero. No hubo más remedio que volverse a meter en los coches y encerrarse en ellos mientras centenares de cornúpetos mugían tristemente y daban fuertes topetazos contra los vagones. La Guardia civil disparó al aire, y al fin se consiguió que la torada se alejase y el tren pudo continuar la marcha.

PEQUEÑAS HISTORIAS

EL PAÍS DE LOS CANGREJOS

Estos encuentros, que con incidentes más o menos variados se repiten en España de vez en cuando, recuerdan aquellos días en que era imposible viajar por ferrocarril a través de los Estados Unidos sin exponerse a ver el tren detenido ocho o diez horas por el paso de manadas inmensas de bisontes, que en determinada época del año emigraban de Norte a Sur o viceversa. Los viajeros aprovechaban estos encuentros para cazar algunos bisontes, sin riesgo alguno, desde las ventanillas del tren. Entonces la piel de bisonte se pagaba muy cara, y el viajero se daba por contento, a pesar del retraso, si al volver a su casa llevaba consigo una de esas pieles obtenida a tan poca costa.

Lo que en nuestro país ocurre con los toros, acontece algunas veces en la India con los elefantes. En 1868 un tren de mercancías que iba de Sahelunge a Mirzapur, se acercaba una noche, a eso de las ocho, a un punto de la vía al lado del cual había un cobertizo que servía de cuadra a setenta elefantes. Las luces encarnadas brillando a lo lejos y el creciente ruido de la locomotora parecían causar terrible consternación a los paquidermos que bramaban furiosos y trataban de desatarse.

Un elefante enorme, el más grande de todos, se enfureció de tal manera, que consiguió romper su cadena y se lanzó contra el tren dispuesto a combatir a este enemigo desconocido. Apenas había llegado a la vía cuando el tren chocó contra él. El elefante quiso recibirle con su ancha frente y le asestó algunos golpes con sus colmillos, pero sus fuerzas, con ser fantásticas, no eran bastantes para dominar a una locomotora, y el animal fué arrollado y muerto sobre la misma vía. Por desgracia, la locomotora descarriló y fué a caer a un foso con once vagones. El fogonero pudo saltar a tierra a tiempo, pero el maquinista no tuvo tanta suerte, y por querer permanecer en su puesto recibió heridas muy graves, que le tuvieron algunos días a las puertas de la muerte.

Hace pocos años otro tren se encontró en la India con toda una manada de elefantes salvajes. Los animales parecían dispuestos a cerrarle el paso, pero, por fortuna, le ocurrió al maquinista tocar el pito y enviar unas cuantas columnas de vapor a las patas de los paquidermos, que inmediatamente emprendieron la fuga. Tuvieron, sin embargo, el capricho de seguir corriendo por la vía, y no hay que decir el retraso que esto ocasionó al tren, pues el maquinista comprendía que lanzare contra aquellas dos docenas de masas de carne era ir a una catástrofe segura.

En el ferrocarril del Uganda son los leones los que se encargan de hacer la guerra a los viajeros. En los primeros meses de hallarse establecida la línea, apenas pasaba día sin que las fieras hicieran algunas víctimas. Saltaban sobre los vagones al paso del tren y se llevaban con toda tranquilidad a cualquiera de los viajeros. En un caso un león mató en un mismo tren a diez y siete personas.

Todavía reciente es el caso de tres trenes nada menos detenidos por una bandada de cuervos. El hecho ocurrió cerca de Liverdum, en Francia. Los cuervos estaban en la vía devorando los desperdicios que habían arrojado del coche comedor de otro tren, y era tal su número, que cuando llegó un mercaderías y empezó a pitar para que levantasen el vuelo, antes de que tuvieran tiempo de hacerlo, ya estaban las ruedas embotadas en una masa de carne, sangre y plumas, que obligó a hacer alto. Mientras se limpiaban las ruedas llegaron dos trenes de viajeros que tuvieron también que detenerse, y de este modo se dió el curioso caso de tres trenes retrasados por los cuervos.

EL INSOMNIO DE PERICO

Erased una vez un hombre llamado Perico, el cual tenía una cualidad particular: tanto ganaba, tanto se gastaba luego en comer y beber; así es que sus bolsillos estaban siempre vacíos. Pero él no se preocupaba por tan poca cosa y vivía feliz.

Pero sucedió una noche la siguiente cosa extraña: Perico, después de haberse dejado todo el contenido de su bolsillo en la taberna de costumbre, no podía dormir.

Y empezó a tener pensamientos tristes, mientras revolviase desvelado en su cama.

Se recriminaba porque no ahorra un céntimo y el día de mañana podía verse enfermo o víctima de un accidente de automóvil. No porque el pobrecillo tuviese coche, sino precisamente por eso: porque los víctimas son los que no tienen auto. Se acordó también de que no podía comprarse ropa nueva, y de que no podría socorrer a algún amigo.

—Pues, señor — se decía, — ¡vaya unas ideas que se me ocurren! Jamás pensé en tales cosas.

Y no hacía sino dar vueltas en la cama, cuyo colchón parecía repleto de espinas.

Al fin no pudo más y se levantó pensando:

—Vaya, lo mejor será que eleje de mi tan negras ideas, dando un pequeño paseo.

Se metió los pantalones y la chaqueta, se puso las botas, tomó el sombrero y salió a la calle. Al llevarse la mano al chaleco, sintió un objeto duro. ¿Qué sería aquello? Miró y pudo ver que, por descuido, del bolsillo de la derecha se habían escurrido dos piezas de diez céntimos, que estaban entre el paño y el forro.

—¡Ah! — exclamó, — dándose una palmada en la frente. — ¡He aquí por qué no podía dormir!

Y marchóse al kiosco, se hizo servir veinte céntimos de vino, y se volvió a casa, bien convencido de que estaba sin un cuarto.

Y entonces durmió de un tirón hasta las ocho de la mañana siguiente.

EL BOCADO DE CUMPLIDO

«Batiste» se llamaba un buen labrador que trabajaba a jornal en su pueblo. Cierta día, el excelente «Don Chusep», cura párroco del pueblo, luego que le hubo pagado unas labores de campo, invitó a «Batiste» y a tres o cuatro compañeros a comer en la abadía.

Y cuando salió de casa «Batiste» para ir al convite, su mujer le dijo:

—Ya sabes «Batiste», que te has de dejar en el plato el trozo del «compliment».

—Ya sé, ya sé...

—¡No te olvides!

—¡Descuida, dona...!

«Batiste» siempre tuvo buen apetito; pero cuando le invitaban a comer fuera de casa el apetito crecía en proporciones aterradoras.

Los otros compañeros, que tampoco hacían mala letra (según llamaba «Batiste» a las gajas de comer), reunieron con él, fueron a la abadía, recibieron el párroco y pasaron al comedor.

Había el bueno del cura preparado una exquisita y abundante «paella», amén de otras cosas «merchivolás».

Comieron bien, a Dios gracias. Pero cuando, después de repetir en la «paella», dijo «Don Chusep»: «¡Hala, «Batiste», ponte un poco más!», nuestro héroe se acordó de la recomendación de su mujer, y replicó, modesto!

—No, señor! no tengo más ganas.

—¡Hombre, esa «longaniza» da tu plato.

—No, «señor retor»: tengo ya bastante.

Pero el desdichado comíase con los ojos la «longaniza», y el dorado arroz, ¡tan exquisito!, y la sangre fría, y los caracoles, ¡tan ricos...! Los otros no hacían cumplidos, y llenaban de nuevo sus platos.

—¿Qué hacer, Dios mío! pensaba «Batiste» sin saber como buscar pretexto para entrar de nuevo en el turno. Y pensando, pensando, tuvo una luminosa idea: se puso a contar del «Tío Porras», antepasado suyo, que tenía tanta fuerza, que hizo esto y aquello, y entre otras hazañas, la de partir con los dientes una herradura. Todo el auditorio protestaba; aquello no era posible, era exageradísimo, era invento...

—Así, pues — replicó «Batiste» muy solemne, — ¿no creéis en eso que yo he visto?

—No lo creemos, francamente.

—Entonces, mirad lo que os digo: yo tomo esta longaniza de mi plato y este trozo de lomo de la «paella»: ¿los veis? Pues me los como, y si no dije la verdad, que se me vuelvan arsenico.

Y se tragó bonitamente el «compliment» y el aditamento, sin que le hicieran el menor daño.

Una vez estaba paseándome por la orilla del caudaloso Manzanares, cuando un cangrejo salió del río dirigiéndose hacia mí.

—¡Vaya! — pensé — poco es; pero lo que es este cangrejito va a darle sabor al cocido de mi casa.

Fuí a cogerle por la cola, extendiendo la mano con el índice y pulgar muy abiertos, y al coger el cangrejo, oigo que me dice:

—¿Es usted periodista?

—¡Zambomba! — exclamé asustado. — ¡Un cangrejo que habla!

—Si, señor; con la cara y el pelo, como decía la vendedora a cuyo poder fui a parar en la plaza de la Cebada.

—Bueno, caballero cangrejo, y ¿a quién tengo el honor de hablar?

—Soy de las principales familias de mi casta, y, farmacéutico por oposición, con casa abierta en el río.

—Fresquita estará la casa.

—No lo crea usted: en invierno tengo brasero, y los amigos nos reunimos en la rebotica a jugar al tresillo. Se pasa el rato, puede usted creerme. Pero vamos al grano. El objeto de mi pregunta era el siguiente: si es usted periodista, podría prestarnos un señalado servicio. Ya sabe usted que hay gente que dice que nosotros andamos hacia atrás y como el hecho no es cierto, yo querría que usted lo rectificara.

Bueno, complaceré a usted: y ¿qué más desea?

—Si usted fuera tan amable que quisiera visitarnos, se lo agradeceríamos mucho.

—Yo de muy buena gana; pero, si me tiro al río y vuelvo a casa hecho una sopa, ¡juzgue usted lo que dirá la familia!

—A prevención le traigo a usted este trajecito. Póngaselo encima del gabán y de la chistera, y no tenga cuidado.

Púsemelo y al cabo de cinco minutos me encontré del tamaño de un cangrejo.

Me eché al agua y ¡cuál no sería mi sorpresa al encontrarme con toda una población en el fondo del río!

Allí había médicos, escuelas, tiendas y de todo lo que hay en «cualquier» ciudad.

Preguntado mi acompañante me dijo que él no era cangrejo, como ninguno de los cangrejos que vivían allí, sino que eran personas que habían abandonado la tierra cansados de la ingratitude del prójimo.

¿Será verdad o sueño mi excursión?

PILAR AZOGUE

Había en un lugar cierta muchacha revoltosa llamada Pilarcita, que nunca se estaba quieta. Por su travesura le llamaban Pilar Azogue Amiga de las golosinas como pocas, siempre estaba comprando caramelos y pasteles.

Para eso siempre estaba con el feo vicio de pedir dinero a sus padres y a sus tíos y a los que a su casa iban de visita. Claro es que tal afición le costó más de una vez algunos días de cama y buenas regañetas de sus padres y del médico.

Cierta día entró en el salón y encontró a un caballero desconocido, al que dijo:

—¿Quiere usted darme diez céntimos para dulces?

—¡Ya lo creo, hija mía! — respondió el caballero, quien sacó un bolsillo de seda a través de cuyas mallas se veía reducir monedas de oro y se lo dió.

—Muchas gracias, caballero — exclamó la niña; fuése corriendo a casa del pastelero y pidió media libra de pastas. Puso el dependiente la pesa en un platillo y comenzó a echar pastas en el otro, pero el peso no se movió; llegó a ponerlas todas, y el platillo no se movió. Aterrado ya vista de esto, comenzó el infeliz a dar gritos.

—¿Qué ocurre? ¿Qué pasa? preguntaba el pastelero.

Creyeron los vecinos que se trataba de ladrones, y los más animosos penetraron en la tienda provistos de garrotes, encontrándose, con gran sorpresa suya, al pastelero sentado en el platillo de la balanza y gritando:

—Pero, hombre, ¿se ha vuelto usted loco? ¿Quiere usted convertirse en pesa? ¡Vaya, bátese de ahí!

A fuerza de tirones lograron quitarlo de aquel asiento. Pero es el caso que, al poner de nuevo las pastas en sus cajas, salieron disparadas por el escaparate rompiendo el cristal como si fueran balines; y al ver esto el pastelero exclamó:

—¡Adiós! ¡Pobre del que os coma!

A todo esto, Pilarcita corrió a su casa, y cuando llegó la hora de la cena sentóse a la mesa, y queriendo coger aceitunas y salchichón, ambos comenzaron a bailar sobre la mesa.

Asustóse la familia al ver aquella brujería; mas luego comenzó Pilarcita a echar fuego por la frente, precisamente en el mismo sitio que aquel señor — que era el diablo — le había besado.

¡Ah pícala! — gritaron todos: — tú eres la causa de esto! ¡Debes estar embrujada! Vete fuera de casa y no vuelvas más.

Pilar saltó a la calle, y abandonada de todos, fué a casa de una mujer, antigua criada de la suya, contándole sus desventuras.

La mujer le recomendó fuera a un monte llamado del arrepentimiento, en el que había un ermitaño que podría aconsejarla.

Hízolo así, y al presentarse, el ermitaño le dijo:

—Tu aspecto me anuncia que vienes arrepentida. Tira ese bolsillo que te entregó el diablo; confítate, haz penitencia y serás perdonada.

Pilar dió un grito y despertó sobresaltada, pues todo lo que antecede era producto de la fantasía durante un sueño.

—¡Mamá, ¡mamá! — exclamó juntando las manos: — yo seré buena y no comeré más golosinas. ¿Ha vuelto ese hombre de los quevedos negros?

—No, hija mía; aquí no ha venido nadie.

—¡Mirame a la frente! — dijo Pilar — y dime si tengo alguna señal.

—No, hija; no tienes nada.

—Bien, mamáita — dijo Pilar con zalamerías: — dame un beso.

Besóla su mamá, y Pilar quedó dormida; y cuando se puso buena aborreció para siempre los dulces.

Fábulas de Lafontaine

El astrólogo que cayó en un pozo

Un Astrólogo cayó un día dentro de un pozo y le decían: «¡Pobre, infeliz! ¿No puedes ver lo que tienes a tu paso, y pretendes leer los secretos del cielo?»

Esta sencilla aventura, sin ir más lejos, puede servir de lección a muchos. Pocos hay que no se complazcan en oír a los que pretenden leer el libro del destino. Pero ese libro, que han cantado Homero y los suyos, ¿qué es sino el azar, en la antigüedad, y la Providencia entre nosotros? Respeto al azar, no cabe en la ciencia. De otro modo, no podría llamarse azar, suerte o fortuna, cosas inciertas todas ellas. En cuanto a la voluntad soberana del que lo gobierna todo con docto designio, ¿quién la conoce, más que él mismo? ¿Cómo adivinarla? ¿Acaso habrá escrito en las estrellas lo que oculta la noche de los tiempos? ¿Para qué fin? ¿Para ejercitar el ingenio de los que disertan sobre el globo terráqueo y el celeste? ¿Para hacernos evitar males que son inevitables? ¿Para matar nuestros placeres haciéndonos creer de antemano? Error es, y aun crimen, creer tal absurdo. Muévase el firmamento, siguen los astros su carrera, nos alumbrará el sol todo los días sin que podamos inferir otra cosa que la necesidad de seguir sus leyes para el cambio de las estaciones, para que germine y sazone la sementera. Por lo demás, ¿en qué responde a la mudable fortuna la marcha siempre igual del Universo? Charlatanes, confeccionadores de horóscopos, abandonad la corte de los Príncipes, y llevaos también a los alquimistas; igual crédito merecéis: unos que otros.

«Pero me exalto demasiado; volvámos a la historia de aquel Astrólogo en remojo. Además de significar la vanidad de su ciencia falaz, es imagen de los que corren tras ilusiones quiméricas, teniendo a sus pies el verdadero peligro.

Imp. de M. Sintes Rotger. — Mahón